

THE HORUS HERESY®

Graham McNeill

EL REY CARMESÍ

Un alma dividida



timunmas

THE HORUS HERESY®

EL REY
CARMESÍ

Graham McNeill

timun**mas**

Título original: *The Crimson King*

Traducción: Patricia Nunes, 2020
Revisión; Traducciones imposibles, S.L.

The Crimson King © Copyright Games Workshop Limited 2017.

The Crimson King, *El Rey Carmesí*, GW, Games Workshop, Black Library, The Horus Heresy, el logo del ojo de Horus Heresy, Space Marine, 40K, Warhammer, Warhammer 40,000, el logo del águila de dos cabezas, y todos los logos, ilustraciones, imágenes, nombres, criaturas, razas, vehículos, localizaciones, armas, personajes, y el distintivo ® o TM, y/o © Games Workshop Limited, registradas en todo el mundo.
Todos los derechos reservados.

Versión original inglesa publicada en Gran Bretaña en 2017 por Black Library
Games Workshop Limited.,
Willow Road, Nottingham,
NG7 2WS, UK
www.blacklibrary.com

© de la traducción, Games Workshop Limited, 2020. Traducida y explotada bajo licencia por Editorial Planeta. Todos los derechos reservados.

Ilustración de cubierta de Neil Roberts

Edición publicada en España por Editorial Planeta, 2020
© Editorial Planeta, S. A., 2020
Avda. Diagonal, 662-664, 7ª planta. 08034 Barcelona
Timun Mas, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.edicionesminotauro.com
www.planetadelibros.com

Esta es una obra de ficción. Todos los personajes y situaciones descritos en esta novela son ficticios, y cualquier parecido con personas o hechos reales es pura coincidencia.

ISBN: 978-84-450-0912-3
Preimpresión: Keiko Pink & the Bookcrafters
Depósito legal: B. 7.447-2020

Impreso en España
Printed in Spain

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

UNO

Torquetum Temelucha Escoge sabiamente

—El horizonte está mal —dijo Hathor Maat, y Ahriman notó la presión psíquica del poder del adepto pavoni cuando este alteró su biología interna para soportar mejor la desorientación resultante de las magníficas perspectivas orbitales.

—¿En qué sentido? —preguntó Ahriman.

—En el sentido de que no hay ninguno.

Eso no era exactamente cierto, pero a Hathor Maat no le faltaba razón. Había un horizonte, pero no resultaba inmediatamente reconocible como tal.

El Torquetum era un globo reticular abierto, formado por nueve anillos entrelazados en constante movimiento. El más pequeño tenía treinta y seis kilómetros de diámetro; el más grande, cuarenta y cuatro. Visto a través del oculus en el puente de la *Khemet*, había parecido increíblemente frágil, aunque sus dimensiones eran iguales a los de los fondeaderos orbitales de Calth.

Igualando la velocidad y el aspecto, la Stormbird había transportado a los guerreros de la VI Legión hasta el límite de un reluciente bosque de aspas disformes en la cara interior del anillo equinoccial del Torquetum.

La perspectiva hacía que su estructura se estrechara mientras se arqueaba en lo alto formando una suave cuesta ascendente, antes de llegar

al ápex de la curvatura y descender por detrás. La curva de cada uno de los anillos estaba perfectamente proporcionada, y en el centro de las estructuras concéntricas, que rotaban lentamente, había una esfera de bronce, sujeta por un eje conector entre los dos soportes polares.

La biología transhumana combinada con el poder de la armadura debería haber hecho que los guerreros de la legión fueran inmunes al vértigo, pero la increíble estructura orbital estaba haciendo todo lo posible para desmentirlo. Incluso Lucius de los Emperors Children y Sanakht de los Athanaeans, ambos consumados espadachines, pisaban con cuidado.

Tolbek de los Pyrae era como un muelle comprimido; su poder creciente bullía cerca de la superficie. Sobek, el practicus corvidae de Ahriman, se mantenía cerca de su señor y hacía todo lo que podía para disimular su incomodidad espacial.

Solo Menkaura parecía no sentirse afectado; el venerable vidente de la batalla disfrutaba de ese entorno inquietante.

—Una estructura magnífica —comentó, mientras una combinación de lentes de cristal y bronce del oculus, con resonadores psíquicos incrustados, se deslizaba silenciosamente por el espacio a mil metros sobre ellos.

Ahriman asintió y recitó un mantra de los Corvidae, para colocar su consciencia en las enumeraciones bajas. La sensación de náusea en el estómago se redujo solo un poco.

—Cierto —concurrió, alzando la mirada hacia el vasto torbellino de energía disforme que llenaba el vacío más allá de la estructura metálica del Torquetum—, pero sus señores han elegido observar un fenómeno singularmente peligroso.

—El Ojo del Terror —susurró Menkaura, y esas palabras resonaron como una maldición dentro del yelmo de Ahriman.

—Un nombre cargado de familiaridad, aunque no recuerdo haberlo conocido hasta hace poco.

—Sin duda —dijo Menkaura—. Como si esta área del espacio siempre se hubiera aferrado a ese nombre, pero solo ahora decidiera revelarlo.

—Una teoría interesante —repuso Ahriman—. Quizá lo mejor sea reservar una discusión más profunda para cuando la misión esté completada.

Aunque parecía que se encontraban en el vacío abierto, un campo de integridad más grande que lo que Ahriman había visto antes creaba una atmósfera respirable en el interior de los anillos del Torquetum y mantenía a raya la fuerza del Ojo. Todas las superficies crujían con fantasmas disformes, imágenes parpadeantes captadas por el rabillo de ojo que se desvanecían en cuanto alguien las percibía.

—El nombre de la estructura no es correcto —dijo Sobek, mientras una enfermiza luz disforme se reflejaba en el visor cobrizo de su yelmo. El color carmesí de su armadura recordó a Ahriman los amaneceres reflejándose en las pirámides de Tizca. Las originales, no los esqueletos ruinosos que salpicaban los desiertos devastados por los rayos de su refugio de adopción.

—¿En qué sentido? —preguntó Tolbek, mientras se ponía sobre una rodilla y colocaba la palma sobre las placas de metal del puente. Alrededor de su negro guantelete, se alzaron llamas azules, que le reptaron por el brazo como serpientes en busca de una presa.

Sobek agitó su báculo heqa, cuya longitud de marfil culminaba en una masa de ojos tallados.

—Se parece mucho a una gran esfera armilar. Un modelo heliocéntrico primitivo de la bóveda celestial, con una estructura esférica formada por anillos representando las longitudes y las latitudes astrales.

Ahriman pasó ante su practicus y se arrodilló frente a una abertura focal de cinco metros de ancho en el anillo en el que habían aterrizado. Daba igual que la porción equinoccial del Torquetum fuera un kilómetro de ancha y unos cien metros de gruesa, aún resultaba absurdamente frágil moverse a esa velocidad en el vacío.

Perfectamente enmarcada en la abertura de la lente, se hallaba la esfera de bronce en el corazón del Torquetum. Exactamente de quince kilómetros de diámetro, los anillos geocéntricos que lo rodeaban giraban con una elegancia artística.

Los ojos de Ahriman le dijeron que el globo estaba bajo él, pero el nudo de vértigo en su estómago insistía en que debería estar cayendo hacia arriba.

—Pero, si esto es un observatorio, ¿dónde están los observadores? —inquirió Tolbek, mientras extinguía las llamas que le

envolvían el guantelete—. Nos hallamos en el lugar designado, y no deberíamos entretenernos en el espacio abierto, donde los perros de Russ podrían pillar nuestro olor. No tenemos la fuerza para defendernos.

La de los Pyrae siempre había sido la más brusca de las disciplinas psíquicas en la legión, pero con el inevitable cambio del Gran Océano, su hermandad estaba aumentando. Mientras la premonición de los Corvidae se apagaba, la fuerza de los Pyrae repuntaba.

Sin embargo, a pesar de toda la brusquedad de Tolbek, Ahriman se había estado haciendo la misma pregunta. La contestación a su saludo desde la *Khemet* había sido solo binaria, ni voz ni imagen.

Un conjunto de coordenadas y una hora precisa.

Ahriman tuvo un destello de premonición y se puso en pie mientras un panel sin juntas se deslizaba, abriéndose en la curvatura del anillo. Unos escalones curiosamente angulados aparecieron, de mármol de color negro medianoche con vetas de zafiro. Las hojas chacal y halcón de Sanakht destellaron al salir de las vainas, reluciendo en blanco y negro. Lucius había desenfundado la espada una fracción de segundo antes, y su odioso látigo se enrolló en el aire como una serpiente.

—Puede que sean ellos —le dijo a Sobek.

Ahriman parpadeó para deshacerse de la desorientadora impresión de que los escalones estaban invertidos de algún modo, al mismo tiempo que un grupo de figuras forjadas de cromo y azabache emergían. La cabeza era un ovoide cerámico sin rasgos, con sigilos de brillante mercurio reluciendo como marcas en su centro. No había dos iguales, y Ahriman vio vastos ecos goéticos en su colocación.

«¿Nombres? ¿Quizá extraídos de los setenta y dos demonios invocados por el escriba de Baphomet?».

—Ah, claro —dijo Menkaura, volviéndose hacia Sanakht—. Tu incapacidad athanaean de discernir los pensamientos detrás del vox queda patente.

—¿Robots? —preguntó Hathor Maat, mirando hacia el cráneo de porcelana de los autómatas—. ¿Han enviado robots?

Ahriman oyó su bufido de desdén, una reacción demasiado común del adepto pavoni desde su desastre en Prospero.

Los autómatas avanzaron hacia los Thousand Sons; la fluidez de sus movimientos denotaba el amor y la habilidad que se habían empleado en su creación. Tal pureza de objetivo recordaba el duelo entre Lucius y Sanakht, el instante antes de que el espadachín lanzara su ataque final.

La clarividencia de Ahriman vio llamas negras dentro de los autómatas.

Negó con la cabeza.

—Esos no son robots.

«Yokai».

Ahriman reconoció el sigilo como la forma de una palabra que pertenecía a un imperio de la Vieja Tierra desaparecido mucho tiempo atrás, algún tipo de criatura mítica, pero su significado más profundo se le escapaba.

Atharva lo habría sabido. A su corrosivo hermano corvidae le habían fascinado las leyendas de las Naciones Dragontinas. Les hubiera explicado todo sobre los yokai: análisis etimológico del nombre, cuentos populares y todo tipo de cultura general esotérica. Pero Atharva había dejado la legión hacía décadas para unirse a la Hueste Cruzada, y con casi total seguridad estaría encarcelado en algún lugar de Terra. Quizá había sido el afortunado y se había salvado de la humillación a manos de los Wolves. Los Thousand Sons portaban la vergüenza de su derrota como si fuera un sudario, y el Rey Carmesí aún tenía que decretar cuándo acabaría su luto.

«O si acabará alguna vez».

Hathor Maat había pensado que los nueve yokai eran robots, y la comparación era inevitable. Aunque creados como una imitación perfecta de la anatomía humana, como el legendario rey de los mirmidones, su forma de acero azul era innegablemente mecánica. Ahriman vio una fuerza implacable en su forma, de miembros delgados y elegantes, unida a la energía etérea que les ardía dentro del cráneo.

—Si no son robots, ¿qué son? —preguntó Lucius, para quien era invisible la energía disforme de los yokai.

—¿Quizá algo similar a un *golem* de las Seis Órdenes? —sugirió Sobek.

—Estos no son bastos, y tienen forma —replicó Ahriman.

—Son mucho más que robots —afirmó Sanakht, y en su yelmo plateado de máscara de la muerte se reflejaba el fuego etéreo de los autómatas—. Más parecidos a tutelares invocados para habitar unos huéspedes de cuerpo exquisito.

—¿Tutelares? —escupió Tolbek, y su mano se tensó sobre el mango con escamas incrustadas de su espada. Las luces de las lentes de su casco parpadearon con una llama inmaterial.

—¿Qué es un tutelar? —preguntó Lucius, mientras su látigo daba pequeñas sacudidas, previendo la violencia.

Amon se había pronunciado contrario a que el guerrero fenicio participara en esa misión. Últimamente, Ahriman y el palafrenero del primarca pocas veces estaban de acuerdo. Pero al contemplar a Lucius abrirse paso a tajos por la selva de cristal hasta la torre de Sanakht, Ahriman se había dado cuenta de lo íntimamente que el destino del odioso espadachín estaba ligado al de ellos.

«Todas las piezas importan».

—Entidades de la disformidad —dijo Menkaura—. Compañeros cercanos, o eso creíamos, llamados desde el Gran Océano para aumentar nuestros poderes, ayudarnos en nuestras adivinaciones y verter luz sobre los misterios.

—Déjame que lo adivine: ¿se volvieron contra vosotros?

Menkaura asintió.

—Sí que lo hicieron. ¿Cómo lo sabías?

—No puedes mantener mucho tiempo un perro cogido de la correa sin que acabe recordando que es un lobo —dijo Lucius, mientras flexionaba los dedos de la mano de la espada—. ¿Debemos preocuparnos?

—No lo creo —contestó Ahriman, estudiando la fórmula *invocatus* grabada alrededor de los brillantes sigilos—. Estos están forzados a obedecer, mientras que los nuestros tenían permitido ir y venir a su gusto.

—Entonces, los observadores del Torquetum muestran mayor caución de la que mostramos nosotros —concluyó Menkaura.

Los yokai se detuvieron ante los Thousand Sons, y Ahriman contuvo el impulso de pasar a una enumeración más guerrera. Después de Prospero, su inclinación natural había cambiado de inquisitoria a suspicaz. Esperó algún tipo de comunicación. Su

armadura podía traducir binario con suficiente rapidez para mantener una conversación legítima, pero mientras formaba las palabras en la jerga mecánica del Mechanicum, otra figura surgió de la estructura de anillo.

Compacta y con una economía de movimientos que dejaba en nada la de Sanakht, la mujer iba cubierta por una sencilla túnica devocional de color azafrán, atada a la cintura con un cordón negro. Su rostro era abierto y ascéticamente andrógino, con la cabeza rapada excepto por un trío de trenzas que le colgaban hasta el hueco de las rodillas.

Un ojo estaba cegado por una catarata; el otro cargado de color, como cubierto con una película de petroquímicos. Una practicante de las artes: una cuyo poder era grande, pero alterado por energías inmateriales.

Los yokai se separaron, y ella hizo una profunda reverencia.

—Saludos, viajeros —dijo ella—. Soy Temelucha, señora de los Tartaruchi.

Ahriman le devolvió la reverencia.

—Y yo soy Ahzek Ahriman...

Estuvo a punto de añadir «orgullosa hija de Magnus *el Rojo*» pero se conformó con decir: «un guerrero del Rey Carmesí».

Temelucha sonrió y fingió no haber notado la vacilación.

—Mi orden te conoce a ti y a Magnus *el Rojo* —le dijo—. El Gran Océano resuena con el nombre de tu señor.

Ahriman sintió cierta preocupación pero escondió su sorpresa.

—¿Conoces cuál es nuestro propósito al venir?

Temelucha hizo una nueva reverencia y un gesto hacia la abertura por la cual habían surgido los yokai y ella.

—La misma razón que atrae a todos los viajeros con preguntas al Torquetum —contestó ella, y su ojo brillante de disformidad relució con fuego brujo—. Buscáis respuestas del Oculus de Hierro.

Mientras seguían a Temelucha y los yokai a través del portal, Ahriman sintió una mareante sensación de dislocación, un temblor, como una nave espacial estrellándose en el Gran Océano. Le chirriaron los sentidos automáticos debido a la estática, distorsionándole

todos los sentidos mientras sus sistemas trataban de formar una imagen en el visor.

Un vértigo salvaje atravesó a Ahriman, y tuvo que agarrarse a su báculo heqa con fuerza. La necesidad de vomitar le ascendió por la garganta, y desabrochó los sellos de su yelmo, arrancándolo del gorjal para tragar aire con fuerza.

—Date un momento para equilibrar tus elementos, y esa sensación desaparecerá —dijo Temelucha.

Ahriman asintió, sin confiar aún en poder hablar sin sonar como un idiota. Sus pensamientos estaban tan desordenados como las tabas en una tirada, y calmó su mente pensando en las ordenadas formas de pensamiento de las enumeraciones bajas antes de abrir los ojos.

El aliento se le atascó en la garganta cuando se encontró en el centro de una plataforma de cristal que flotaba en un infinito mosaico desplegable de escaleras cristalinas, que ascendían y descendían o se intersecaban formando ángulos imposibles, desafiando la perspectiva como las míticas obras del Niderlanter Knight.

Figuras distantes ascendían continuamente con pasos cansados, pero los extraños ángulos y los deslumbrantes reflejos las oscurecían rápidamente. Ahriman se sacó de encima una extraña melancolía ante ese panorama y se fijó en lo que lo rodeaba.

La plataforma era traslúcida y eneagonal, y en cada uno de sus bordes había un yokai. Su emplazamiento formaba el símbolo de Thothmes, una potente protección para evitar que se leyera la mente a los que se hallaban en el interior.

Sus compañeros lo rodeaban, pero Lucius era el único que no parecía afectado por el desorientador cambio a su alrededor. Sobek estaba de rodillas, con los ojos muy abiertos y el cuerpo tenso, mientras trataba de quitarse el casco.

—«¿Sobek?» —llamó Ahriman, con un pulso mental urgente.

Su practicus asintió y empleó su báculo para ponerse en pie. Sobek tenía la piel blanca y tensa, del color de la cera.

—«¿Sobek?» —repitió Ahriman—. ¿Estás funcional?».

—«Sí» —confirmó Sobek, mientras se agachaba para recoger el yelmo.

Ahriman dejó de mirar a Sobek cuando la voz de Sanakht susurró en su mente, oculta y sutil.

—«¿Las ves? ¿Las inscripciones bajo nuestros pies?».

Ahriman miró hacia abajo. El interior del cristal estaba lleno de una escritura enrevesada y dorada, que se ondeaba como vista a través del agua.

—«¿Exaltaciones? —consiguió decir—. No las reconozco».

—«Fíjate bien» —insistió Sanakht.

Ahriman extendió su voluntad, tratando de imponer un cierto grado de solidez a las fórmulas que serpenteaban dentro del cristal, pero estas se resistían a una interpretación fácil. Exhaló lentamente y se alzó hasta la tercera enumeración; fue recobrando claridad cuando su ojo interior comenzó a descubrir ordenaciones que sí reconocía.

—«Construcciones athanaeans?».

—«Variantes de formas de exaltaciones de las que usamos para crear fantasmas en la mente de guerreros enemigos —repuso Sanakht con un gesto de cabeza casi imperceptible—. En medio de un entorno tan imposible, no debemos tomarnos al pie de la letra ni siquiera aquello que parece irrefutablemente real».

—«Buen consejo» —repuso Ahriman, mientras alzaba la mirada del borde de la plataforma y veía enormes escaleras procesionales alzarse ante sí, cada peldaño añadiéndose en el instante en que sus ojos lo contemplaban.

A diferencia de las escaleras teseladas que los rodeaban, esas ascendían rectas como una flecha hacia una majestuosa estructura: un templo decorado con torres de muchos niveles que mostraban múltiples aleros hacia arriba. Su fachada de columnas de plata y jade era monolítica, con una verja negra de madera lacada en el centro. Dragones de piedra hacían guardia en todos los extremos de los alerones, y de nuevo Ahriman deseó haber compartido con Atharva el entusiasmo por las culturas de la Vieja Tierra.

—¿Qué es eso? —preguntó Ahriman.

—Es el *Kyaung*, el Pabellón de Plata, y en su interior habita el Oculus de Hierro —explicó Temelucha—. Es por lo que habéis venido.

Eso era más cierto de lo que ella pensaba, pero Ahriman prefirió no extenderse sobre la intención del Rey Carmesí al enviarlos allí.

—Estamos listos —dijo, asintiendo.

Ahriman subió la escalera junto a Temelucha, tratando de disimular las exaltaciones que la plaza había creado; pero no pudo ver mucho más allá de las incontables escaleras cambiantes y el templo en lo alto. Se había empleado un gran poder en la creación de esa fantasmagoría, y Ahriman dedicó un momento a observar a su presunta arquitecta.

La piel de Temelucha era oscura, su ojo curioso era señal de un gran control sobre sus capacidades. Haber soportado una mutación tan evidente con sus consecuencias, reteniendo al mismo tiempo su humanidad, decía mucho sobre su fuerza de voluntad.

Los guerreros de Ahriman subieron detrás de él por grado: Sobek, Hathor Maat y Sanakht a su izquierda; Menkaura, Tolbek y Lucius, a su derecha. Los yokai los flanqueaban, las entidades de la disformidad unidas a sus cuerpos mecanizados goteaban como fraguas. A pesar de la traición de los tutelares, un revés inesperado que había desmembrado la defensa de los Thousand Sons en Prospero, Ahriman aún echaba de menos la presencia tranquilizante de Aetpio.

—¿Puedo formularte una pregunta?

—Sin duda —respondió Temelucha—, pero el Oculus de Hierro tiene las respuestas que buscas. Me temo que yo sería una triste sustituta.

—Una respuesta cargada de modestia —dijo Ahriman, con una breve inclinación—, pero una que no me inclino a aceptar.

Temelucha sonrió.

—Pregunta y trataré de responder.

—Has dicho que eras la señora de los Tartaruchi —comenzó Ahriman, indicando, con un gesto, el templo en lo alto—. Ese título implica un papel de guardiana.

—Has leído los Evangelios Akhmin de Esdras, maestro Ahzek —dijo Temelucha.

—La traducción siríaca, hace muchos años —contestó Ahriman, sabiendo que Temelucha estaba simplemente constatando un hecho, no formulando una pregunta—. Por desgracia, esa copia se perdió.

—¿Cuando los lobos trajeron el fuego?

Ahriman asintió.

La caída de Prospero era una herida abierta en su corazón, pero el dolor no provenía de su fatídico destino, sino del horror de todo lo que se había perdido entre las cenizas. Un incalculable depósito de conocimiento, adquirido con gran esfuerzo y de experiencia acumulada, quemado como los invaluable textos de Persépolis; milenios de saber acumulado borrados de la existencia por un acto voluntario de vandalismo intelectual.

—La muerte de Prospero fue una pérdida para toda la humanidad, no solo para los Thousand Sons —afirmó Ahriman, y el dolor de tan terrible subestimación de la verdad le rompió de nuevo el corazón.

—El Oculus de Hierro nos dice que el conocimiento nunca se pierde —repuso Temelucha sin perder el paso—. Puede desvanecerse, como los cuentos olvidados que se hunden en el lodazal de la memoria, tan solo recordados por solitarios tejedores de versos, hasta que resultan necesarios y de nuevo se elevan convirtiéndose en sueños.

—Poético, pero no has respondido a mi pregunta.

—No has formulado ninguna pregunta —señaló Temelucha.

—Muy bien —repuso Ahriman—. ¿El Oculus de Hierro es tu prisionero?

Temelucha sonrió.

—Los escritos de Esdras afirman que los Tartaruchi fueron ángeles en un tiempo, y que su dios vengador los colocó ante las rejas de una prisión infernal para vigilar contra el retorno de una gran maldad.

Lanzó a Ahriman la mirada de un erudito curtido por demasiadas historias grandilocuentes para impresionarse por una hipérbole tan vetusta.

—De nuevo has evitado contestarme.

La irritación, rápidamente disimulada, ensombreció el rostro de Temelucha. Sin duda no estaba acostumbrada a que sus palabras recibieran tal escrutinio, pero era muy posible que nunca se hubiera encontrado con los guerreros eruditos de los Thousand Sons.

—El Oculus de Hierro está encadenado al Torquetum, sí, pero no por decisión nuestra.

—Así que ¿alguien lo apresó?

—Tal vez, pero el Oculus de Hierro nunca habla de sí mismo.

—Y ¿tú no preguntas?

—¿De qué serviría?

—Conocimiento —respondió Ahriman—. La conversión de lo desconocido en hecho. Confiar en las palabras de un cautivo tan poderoso sin saber por qué fue apresado resulta, hasta cierto punto, incauto.

—Tenemos fe en nuestro propósito —replicó Temelucha.

—¿Fe? —repitió Ahriman, incapaz de ocultar de su voz el veneno que había ido acumulando en su interior desde la muerte de Prospero—. Lo único que la fe enseña es la virtud de no cuestionar, de aceptar ciegamente el dogma y considerar sagradas ciertas cosas solo porque así eran consideradas en tiempos pasados.

—Y ¿por qué estás aquí, sino porque tienes fe en que tus preguntas tendrán respuestas?

—No es la fe lo que me trae aquí.

—Entonces, ¿qué?

—El deseo del Rey Carmesí —respondió Ahriman, mientras llegaban al final de la escalera, ante la majestad del Pabellón de Plata.

Una plaza de adoquines perlados de escarcha se extendía ante el templo, y la nieve caía en ráfagas de polvo reluciente. Los copos se posaron sobre la armadura de Ahriman, destellando por un breve instante antes de fundirse como lágrimas.

Más Tartaruchi los aguardaban, ocho adeptos cubiertos con túnicas holgadas del azul más oscuro y cada uno portando un símbolo cosido sobre el corazón. Tenían los brazos desnudos y cubiertos de tatuajes, una mezcla de espirales fractales, secuencias numéricas y laberintos recursivos.

Al igual que Temelucha, sus ojos estaban tocados por la disformidad: uno cegado, el otro omnividente. A Ahriman no se le pasó por alto el simbolismo. Se preguntó si los Tartaruchi eran sabedores del significado prosperino de su mutación. Una segunda idea siguió inmediatamente a esa.

«¿Habrá estado Magnus *el Rojo* antes aquí?».

Colocados a derecha e izquierda, como regimientos preparados para desfilar, cientos de yokai formaban ordenadamente, inmóviles

excepto por las llamas etéreas de su interior. Temelucha avanzó entre los cuerpos huéspedes mecánicos mientras se le unían los otros miembros de su orden.

No hubo ninguna presentación, ni Ahriman esperaba que la hubiera.

La puerta negra lacada se abrió al acercarse Temelucha, y quedó a la vista una sala con altas columnas de pórvido y jade. Los reflejos y la luz fría danzaban en su interior.

Ahriman siguió a la señora de los Tartaruchi al interior. Vio que todo el espacio del Pabellón de Plata estaba ocupado con una multitud de vitrinas, colocadas como los trofeos en un museo de la conquista. Los Thousand Sons se esparcieron, examinando el interior de las vitrinas con interés académico. Algunas contenían armas de muy elaborada creación, otras, artefactos de origen no humano, aunque la mayoría exponían esqueletos.

Ahriman caminó entre las piezas expuestas, maravillándose ante su increíble diversidad; intuyó que eso solo era una fracción de lo que contenía esa estructura.

Sus pasos lo llevaron hacia el interior; su mirada caía sobre los más diversos objetos expuestos: un reluciente endoesqueleto culminado en un yelmo de la muerte plateada con centelleantes ojos verdes y una runa geométrica en la frente; una serie de criaturas artrópodas con patas zancudas biomecánicas; nébulas de reluciente luz de vapor apresadas en frascos de vacío enjoyados. Cuanto más penetraba, más evidente se hacía que las dimensiones internas del templo eran sutilmente incorrectas.

Como los jardines de piedra y grava blanqueada de Ceryadha, creados según las estrictas especificaciones del *Sakuteiki*, ciertos aspectos del contenido del museo quedaban visibles o se ocultaban según la perspectiva del visitante. Lo que se veía desde un punto resultaba invisible desde otro, y piezas completamente nuevas se hacían visibles.

Quizá la totalidad del Pabellón de Plata fuera visible; tan solo tenía que posicionarse correctamente en su espacio multidimensional para verlo.

Ahriman se detuvo junto a un aparador en el que se hallaba encerrada una exquisita armadura de hueso blanco. La fluida gracia

de su artificio hablaba de la destreza de los eldars, y Ahriman sintió la silenciosa furia atemporal encadenada en su interior. El yelmo tenía forma de un espectro aullador, y una pluma de color rojo sangre se enroscaba en el protector del hombro como una serpiente a punto de atacar.

Una larga lanza le colgaba del hombro, y un guantelete ensangrentado sujetaba un arma arrojadiza de tres hojas. Ahriman no necesitaba clarividencia para saber que la inmovilidad era un anatema para la cosa contenida en esa armadura.

—¿Qué lugar es este? —preguntó.

—Un recordatorio de que no todos los que buscan el conocimiento deben encontrarlo —respondió Temelucha.

Ahriman dio unos suaves golpecitos con su báculo heqa en el cristal, y sintió al rabioso espíritu del interior ansiar su muerte.

—Es eldar —dijo.

—Lo es —admitió Temelucha—. Un espectro devorador de almas de la primera época de su caída. Sus amos brujos lo condujeron aquí para destruir el Oculus de Hierro. Fracasaron.

—Y ¿los matasteis?

—Los que viven dentro de esa armadura no pueden morir realmente.

Ahriman había estudiado los ciclos mitológicos de los eldars lo suficiente para saber que sus dioses guerreros estaban condenados a regresar cuando más se los necesitaba.

Se inclinó hacia la prisión de cristal.

—Tu raza está muriendo y tú no la salvarás —dijo.

El espíritu de la armadura se debatió contra las salvaguardas que lo ataban, pero la habilidad con la disformidad de los Tartaruchi convertía en impotente su furia. Con Temelucha a su lado, Ahriman siguió por el sendero en espiral hacia el centro del Pabellón de Plata, sin perder de vista a sus compañeros de legión mientras subían tras él.

A cada paso, la variable organización de lo expuesto cambiaba. Artefactos previamente visibles desaparecían de la vista y otros aparecían en su lugar.

Cuando Ahriman llegó al centro del pabellón, se detuvo junto a los descarnados restos de un pielverde fosilizado, con una cabeza monstruosamente hinchada e hidrocefálica.

—¿Cómo habéis conseguido estas piezas? —preguntó.

Temelucha unió las manos ante sí.

—El Pabellón de Plata contiene más secretos de los que nunca sabremos —respondió—. Mi predecesora creía que lo que decide revelar viene arrastrado desde lugares del Gran Océano donde se juntan el pasado y el futuro. Me dijo que nunca dos almas verán las mismas cosas.

Sus palabras sonaban falsas, pero antes de que Ahriman pudiera preguntar nada más, sus pasos lo llevaron al corazón de Pabellón de Plata.

Ondulantes arco iris de luz caían desde un poste octogonal que se metían en la torre que habían visto desde el exterior. Un par de escaleras de caracol, una traslúcida y la otra de obsidiana, permitían el ascenso, entrelazadas en una doble hélice.

—El Oculus de Hierro espera en lo alto —dijo Temelucha—. Pero solo tú y yo podemos subir las escaleras gemelas.

—¿Vamos solos?

—Como todos los que vienen aquí.

Ahriman miró atrás hacia sus hermanos de legión, los yokai y los adeptos de Tartaruchi. Sus guerreros sabían qué hacer, y de nada serviría discutir la cuestión de su ascenso en solitario hasta el oráculo prisionero.

Asintió hacia Menkaura y Sobek. Su practicus le devolvió el gesto; el cuerpo le vibraba de tensión a duras penas contenida.

Ahriman se acercó a las escaleras espiraladas.

Cada escalón estaba grabado con letras de oro, pero mientras que las palabras en la plataforma de abajo eran virtualmente ilegibles, esas brillaban como el fósforo y eran fáciles de descifrar. «Otro eco de Prospero». En esa ocasión, del sendero pavimentado que conducía al Palacio de la Sabiduría, en el corazón de Tizca. Las losas de mármol que conducían al palacio habían estado grabadas con aforismos procedentes de los contribuyentes más laudados de la Gran Biblioteca.

En el primer escalón de cristal ponía: «Cuanta más alta sea nuestra posición, con mayor humildad debemos caminar».

Ahriman sonrió sin alegría al leer el escalón de obsidiana: «De los errores de los otros, el sabio corrige los suyos».

—Elige tu camino, Ahzek Ahriman —le instó Temelucha—. Y escoge sabiamente.

Ahriman alzó la mirada hacia la caída de luz multicolor.

Y eligió la obsidiana.

Cada nuevo escalón aportaba nuevas palabras de sabiduría. Después del cuarto, Ahriman dejó de leerlas. No decían nada que no supiera ya. El museo se perdió de vista al subir, pero se lo había esperado sospechando que aquel sería un ascenso tanto metafórico como literal.

Un espacio infinito se fue desplegando en ángulos desconocidos para la geometría y en curvaturas más allá de la resolución del cálculo. Un trillón de galaxias orbitaban alrededor, manchas de polvo de diamantes sobre terciopelo entre ríos de luz procedentes de épocas de existencia más tempranas.

Era el funcionamiento del universo desnudo, el rostro secreto de toda la creación que algunos consideraban dioses, pero que los Thousand Sons llamaban «éter». Era vasto y vacío, aunque detrás del velo de estrellas, Ahriman sintió la mirada reptiliana de una enorme conciencia maligna. Un alma pagana podría asegurar sentir el ojo de los dioses sobre él, pero no Ahzek Ahriman. Ya no.

Su único anclaje a la solidez eran los escalones, que se hundían bajo él hasta profundidades inimaginables y se alzaban hasta alturas deslumbrantes. Nada de eso era real, al menos, no en el sentido mundano, pero cualquier cosa que una mente pudiera percibir sería, de hecho, real, por mucho que el mundo físico pudiera estar en desacuerdo.

Temelucha subió las escaleras de cristal, y fueron cruzándose uno al otro como bailarines a las primeras notas de música.

«O gladiadores en los momentos iniciales de un combate a muerte».

Esa segunda imagen era muy potente; la creciente influencia de los Pyrae no le robaba enteramente su clarividencia. Ahriman cerró ese pensamiento y se arriesgó a echar una mirada a Temelucha. ¿Habría captado ella su destello de conocimiento? No lo parecía.

Ahriman seguía subiendo, observando el baile de las estrellas desde su nacimiento por la gravedad hasta sus explosivos finales.

Vio una chispa pasajera de lo que debía de haber sido una civilización espacial extenderse y contraerse en un abrir y cerrar de ojos, muerta y olvidada incluso mientras se fijaba en ella. Mil imperios se alzaron y cayeron antes del colapso de la nube molecular del que surgió el sistema solar.

—Todo es polvo —dijo Temelucha, casi en un susurro.

—¿Es eso lo que es? —preguntó Ahriman, mientras alzaba la mano hacia la belleza natural de las estrellas—. ¿Una lección en la entrópica naturaleza de la existencia?, ¿que todo se marchita antes de su fin?

—Nada tan trivial —replicó Temelucha, con un toque de auténtico pesar en la voz.

—Entonces, ¿qué?

—Llámalo el futuro eco de una advertencia que no se respetará.

Ahriman palmeó el protector del hombro, donde había tallada la cabeza de un cuervo, dentro del halo serpenteante de la iconografía de su legión.

—Primeros Principios del Corvidae —dijo—. El pasado está grabado en piedra, el futuro es un río que se bifurca infinitamente.

—No —replicó Temelucha—. No lo es.

Ahriman detuvo su ascenso y miró a los ojos a la señora de los Tartaruchi.

—¿Lo dice una que ejerce de centinela de un oráculo?

Temelucha extendió la mano sobre la cabeza de cuervo del corvidae. La luz del universo se oscureció y la sensación de ser observado por inteligencias inhumanas había desaparecido por completo.

—Solo tengo un momento, Ahzek Ahriman —dijo Temelucha, con algo que él solo pudo interpretar como miedo al descubrimiento—. No deberías haber venido aquí. Márchate ahora y no vuelvas.

—No puedo hacerlo —repuso él, confundido ante su urgencia—. El Rey Carmesí ha hablado, y yo debo obedecer.

—No siempre será así —afirmó Temelucha—. Un día te enfrentarás a él como enemigo.

—¿Has visto ese futuro?

—Es uno de los muchos que el Oculus de Hierro nos ha mostrado.

—En ese caso, es irrelevante —replicó Ahriman, perdiendo la paciencia con Temelucha—. Esos «ecos futuros» carecen de significado sin contexto. Acaba con esta farsa. Llévame ante tu oráculo y veremos si se merece ese título.

—Como desees —respondió Temelucha, y la luz de las estrellas estalló en trillones de ojos imperturbables—. Todo es polvo —repitió—. Recuerda eso cuando todo tú seas cenizas y desesperación.